

y veo al Sr. Lázaro corriendo como un loco en un mal carricoche..... Le grito que se le está esperando en casa, y él fustiga con rabia al caballo, y pasa tan cerca de mí que á poco me aplasta bajo las ruedas..... No, de ningún modo; no quiero para otra vez comisiones que no entienda..... ¡Sin contar con que mi linterna se había apagado!

Y empujó á su amo para que acabara de comer, porque deseaba levantar los manteles cuanto antes.

Pero Chanteau declaró que no tenía ganas, y que sólo comería un bocado de ternera en fiambre con el objeto de matar el tiempo.

Lo que entonces preocupaba grandemente al gotoso era la falta de palabra del cura Horteur. ¿Por qué hace la promesa de acompañar á los amigos si decidía quedarse en su casa?

—Pero la verdad es—pensaba—que los curas hacen mal papel en casa donde hay mujer de parto.....

Este pensamiento le divertía, y se puso á comer el buen hombre, solo y alegremente.

—Vamos, señor—repetía Verónica;—despachaos, que es ya la una, y mi vajilla no ha de estar sucia hasta mañana. ¡Vaya una casa donde todo el mundo tiene desazones!

Y comenzaba á quitar los platos, cuando Paulina la llamó por el hueco de la escalera, con voz de urgencia, mientras Chanteau volvía á quedarse enfrente de la mesa, olvidado, solo, sin que nadie bajase á llevarle noticias.

\*  
\*\*

La señora Bouland acababa de tomar posesión de la cámara de Luisa, con autoridad omnimoda, registrando muebles y dando órdenes perentorias.

Primero mandó encender un buen fuego, porque la pieza le parecía húmeda; en seguida manifestó que la cama era incómoda, muy baja y muy blanda; y habiéndola dicho Paulina que en el granero había un viejo catre de cordeles, hizo que Verónica le trajese al cuarto de Luisa, le instaló delante de la chimenea, y colocó en el fondo de él un tablero y encima de éste un colchón pequeño.

Además pidió gran cantidad de ropa blanca, una sábana grande que plegó en ocho dobleces para garantir el colchón, otras sábanas, toallas, paños, que ponía á calentar en el respaldo de las sillas, delante del fuego.

En resumen: el cuarto aparecía como ambulancia instalada de repente en la expectación de una bata-

lla, guarnecido de lienzo blanco y de un lecho de campaña.

Y entretanto no dejaba de hablar con Luisa, exhortándola con voz militar como si pudiese dominar al dolor.....

Paulina la rogó en voz baja que no hiciese mención del médico.

—¡Bah! esto no será nada, hija mía—dijo la partera.—Preferiría veros acostada, es verdad; pero, en fin, apoyaos en mí y andad sin temor..... Yo he tenido hijos sietemesinos, y son más gordos y mejores mozos que los otros..... Y luego, no creáis que eso es tan doloroso como se dice: en dos ó tres movimientos, se acabó todo.....

Luisa no se tranquilizaba, y sus ayes tomaban caracteres de cruel angustia: agarrábase á los muebles y pronunciaba palabras incoherentes, indicando con ellas algo de delirio.

La comadrona, para tranquilizar á Paulina, que estaba lívida, explicaba en voz baja que los dolores producidos por la dilatación (1) eran más crueles aún que los otros, y que en muchas primerizas so-

(1) También suprimimos detalles, frases y palabras en la descripción pesadísima que es el asunto de este capítulo, propio de un tocologista más que de un novelador de costumbres. (*N. del T.*)

lían durar dos días, añadiendo que ella temía que se presentasen determinados síntomas antes de la llegada del médico, porque entonces se vería precisada á hacer una operación peligrosa.

—¡Eso no es posible!—decía Luisa anhelante.—  
¡No es posible!..... ¡Voy á morir!

La señora Bouland se decidió á darla veinte gotas de láudano en media copa de agua, y además fricciones en los lomos, porque los dolores eran cada vez más insoportables.

—Esperemos—dijo estoicamente la señora Bouland.—¡No puedo hacer nada, nada en absoluto! Es menester dejar que la naturaleza lo haga.

Y entabló en seguida larga peroración sobre el cloroformo, contra el cual tenía la repugnancia de la vieja escuela.

A creerla, morían como moscas las parturientas á quienes se propinaba el cloroformo, entre las manos de los médicos que usaban de tal droga, porque el dolor era necesario para el acto, y nunca una mujer adormecida podría ejecutar éste como otra mujer en uso de sus fuerzas.

Paulina, que había leído lo contrario, no respondía, teniendo el corazón embargado por los estragos del mal que aniquilaba á la pobre Luisa, rubia de-

licada cuyos encantos se transformaban en espantable objeto de piedad.

Rugía en ella cierta cólera contra el dolor, una necesidad de suprimirle, y lo habría hecho así, combatiéndole como enemiga, si hubiese conocido los medios de lograrlo.

Pasaba el tiempo, y eran ya cerca de las dos.

Luisa habló de Lázaro varias veces, y se la engañaba diciéndola que estaba abajo, y de tal manera desalentado que temía él mismo desanimarla con su presencia; y como no tenía conciencia del tiempo transcurrido, las horas, los minutos le parecían eternos.

El único sentimiento que persistía en su agitación era que aquello no acabaría jamás, que todos los que la rodeaban tratábanla con malevolencia; y entonces culpaba á la comadrona, á Paulina y á Verónica, acusándolas de no hacer lo que debieran haber hecho para libertarla de aquellos dolores.

La señora Bouland no respondía; dirigía furtivas miradas al reloj, si bien no esperaba al médico antes de una hora, porque demasiado conocía la pesada lentitud de su caballejo.

Mas de repente obligó á Luisa á echarse en la cama.

—No os asustéis— la dijo —si os sentís mojada; y no os mováis, por favor, pues quisiera no hacer nada con apresuramiento.

Luisa estuvo inmóvil durante algunos segundos, y tuvo que emplear un excesivo esfuerzo de voluntad para resistir á los impulsos desordenados del dolor.

Pero su mal la irritaba, y no podía luchar más.

Súbitamente saltó del lecho de cordeles, en un arranque desesperado de sus miembros, y en el instante mismo en que sus pies tocaban en la alfombra, resonó un estallido, como el de un odre que se rompe, y sintió sus piernas mojadas y grandes manchas en el peinador que la envolvía.

—¡Ahí está!— gritó la partera, jurando entre dientes.

Luisa, aunque ya estaba prevenida, quedó como clavada en el sitio, temblorosa, mirando aquello con terror; mas pronto volvió á echarse en la cama, y experimentó entonces una calma repentina, un bienestar inesperado, murmurando con acento de triunfante alegría:

—¡Esto ya no me molesta! ¡ya no sufro! ¡Todo ha concluido!..... ¡Ah! Ya sabía yo que no daría á luz antes del noveno mes de embarazo, es decir, en el mes próximo..... ¿Pero no me oís nadie?

La señora Bouland movió la cabeza, respondiéndola que pronto llegarían los dolores más fuertes, y en seguida rogó á Paulina que se pusiera al otro lado del lecho, para impedir que la parturienta cayese al suelo en un momento de paroxismo.

Y cuando los dolores volvieron á estallar, Luisa ya no intentó moverse, porque estaba exánime, sin fuerzas y sin voluntad.

— ¡Pero no concluirá esto, Dios mío! — murmuró Paulina, cuya sangre fría y valor habituales arrebató aquel espectáculo.

De cuando en cuando la paciente exhalaba quejas de fatiga y de impotencia: era aquello como el desesperado gemido, el ¡hau! que lanza el leñador después de hendir con su hacha durante horas enteras en el nudo de un árbol, y sólo consigue partir la corteza.

Entre cada crisis, en los breves momentos de reposo, Luisa se quejaba de sed ardiente, porque su garganta sin saliva apenas tenía sino movimientos de ahogo.

— ¡Yo muerol — gritaba — dadme de beber.

Y bebía un sorbo de infusión de tila, que Verónica tenía constantemente cerca del fuego, y á veces, en llevándose la taza á los labios, Paulina tenía

que quitársela en seguida, porque llegaba otra crisis y las manos la temblaban.

Sobreviniéronla después atroces calambres, y en cada momento hablaba de levantarse, porque no podía sufrirlos; pero la comadrona se oponía enérgicamente.

— Quedad tranquila..... Eso es efecto de los mismos dolores.

A las tres la señora Bouland no ocultó sus inquietudes á Paulina, porque se manifestaron síntomas alarmantes.

Hubiérase podido creer que la enferma padecía menos, porque sus gritos y sus esfuerzos disminuían de vigor; y la verdad era que el trabajo mecánico del alumbramiento se paraba ante un gran obstáculo que le impedía llegar hasta el fin.

La desgraciada sucumbía á sus dolores, y cada minuto de retraso era un peligro más.

El delirio reapareció, y en seguida la enferma tuvo desfallecimientos.

La señora Bouland aprovechó uno de éstos para reconocerla de nuevo, y en seguida murmuró:

— ¡Lo que me temía!..... ¿Pero se habrá roto las piernas el caballo, cuando nadie viene?

Y como Paulina dijese que no podía dejar mo-

rir á aquella desventurada, la partera exclamó:

—¿Pero creéis que yo estoy en un banquete de bodas? Pues sabed que si intento la operación necesaria y sale mal, tendré sobre mis espaldas toda clase de responsabilidades. ¡Y cuidado que nadie es blando para nosotras!

Cuando Luisa recobró el conocimiento, quejóse de gran malestar.

—Es que pasa un bracito—continuó la señora Bouland—pero no pasará jamás el hombro....

A las tres y media la situación fué tan crítica que la partera casi se decidía á maniobrar, cuando Verónica, que subía de la cocina, llamó á su señorita al corredor para decirla que el médico llegaba.

Todos salieron del cuarto y bajaron al patio, dejando sola á la parturienta.

Lázaro vomitaba injurias contra el caballo, y cuando se le dijo que llegaba á tiempo, que su mujer vivía, la reacción que sintió fué tan profunda y violenta que se tranquilizó de repente.

El doctor Cazenove subía la escalera con la comadrona, á quien dirigía preguntas rápidas.

—Vuestra presencia la asustará—le dijo Paulina—y ahora que estáis aquí es necesario prevenirla.

—Pues hacedlo pronto—respondió el médico en voz breve.

Paulina entró sola en el cuarto de Luisa.

—Querida mía—la dijo—imagínate que el buen Doctor, que vió ayer cómo estabas, ha creído que esta noche podría ocurrirte algo, y acaba de llegar. Debes consentir en verle, porque ya ves que tu situación no acaba.

Luisa aparentaba no oírla, moviendo la cabeza sobre la almohada, y luego balbuceó:

—Haced lo que queráis, Dios mío.... ¿Pero no veis que ahora ni siquiera conozco que existo?

Entró el doctor, y se puso cerca del lecho; Paulina y Verónica salieron; Lázaro, de pie delante de la puerta, no podía contener el llanto, y entonces la comadrona le aconsejó que también saliese de allí, con promesa de llamarle si tenían necesidad de su ayuda.

Abajo, en el comedor, Chanteau acabó por quedar dormido ante la mesa servida, y el sueño debió de acometerle en medio de su ligera comida, prolongada aquel día con la lentitud de una distracción, porque el tenedor, colocado al borde del plato, conservaba todavía un pedazo de ternera.

Paulina, al entrar allí, quitó la lámpara que se extinguía, y murmuró:

—Dejémosle dormir, porque es inútil que lo sepa. Y sentóse en una silla, mientras Lázaro, de pie, inmóvil, permanecía enfrente de ella.

No se hablaron, no pudieron siquiera sostener la angustia de su mutua mirada, volviendo la cabeza desde que sus ojos se encontraban.

Ni un rumor llegaba del cuarto de arriba, ni se oían ayes comprimidos, ni escuchaban ambos, aunque su oído estaba atento, sino el zumbido de la propia fiebre.

¿Qué ocurría en aquel cuarto? ¿Por qué se les había despedido? Los dos hubieran preferido los gritos, una lucha algo viva é inquieta agitándose por encima de sus frentes.

Los minutos corrían, y la casa continuaba sumergida en silencio profundo, en el silencio de la nada.

Pero la puerta se abrió, apareciendo el Dr. Cazenove.

—¿Qué?—le preguntó Lázaro, el cual se había sentado enfrente de Paulina.

El doctor no respondió en seguida.

El fulgor de la lámpara, el fulgor nebuloso de las grandes veladas, iluminaba débilmente su rostro bronceado, donde las fuertes emociones sólo hacían palidecer las arrugas.

Y cuando respondió, el eco frío de sus palabras reveló el combate que en su alma se libraba.

—¿Qué?—dijo.—Pues que nada he hecho, y nada puedo hacer sin consultaros.

Y con un gesto maquinal, pasó los dedos de su mano izquierda sobre la frente, como para arrojar de ella un obstáculo, un nudo que él no podía allanar ni deshacer.

—Pero eso no es para decidirnos, doctor—dijo Paulina;—porque nosotros la hemos puesto en vuestras manos.

Cazenove movió la cabeza, porque no le dejaba en paz un recuerdo importuno: pensaba en las mujeres negras á quienes había asistido en las colonias, en una especialmente, cuyo hijo se presentaba también por el hombro, y que sucumbió mientras él extraía difícilmente un paquete de carne y huesos.....

Y encontrándose en aquella casa de amigos, en presencia de un caso tan difícil, sentía las vacilaciones de entonces; temblaba como un principiante; inquietábanle además sus manos de viejo, que no tenían ya la energía de los años juveniles.

—Es necesario que os hable francamente, que os lo diga todo—respondió á Paulina.—Creo que la madre y el hijo están perdidos..... Veremos si toda-

vía llegó á tiempo para salvar una de las dos vidas.

Lázaro y Paulina se habían levantado al oírle, acongojados por frío estremecimiento; Chanteau, despertándose al escuchar las voces, abrió sus turbios ojos y observaba con espanto los sucesos que ocurrían y las frases que se pronunciaban delante de él.

—Ahora bien—prosiguió el médico, tan tembloroso como las gentes que le rodeaban;—¿á quién he de procurar salvación, á la madre ó al hijo?

—¿A quién? ¡Dios mío!—exclamó Lázaro.—¿Lo sé yo por acaso? ¿Puedo siquiera saberlo?

Y gruesas lágrimas le sofocaban, estremecimientos involuntarios le agitaban con sobresaltos nerviosos, mientras su prima, pálida como un cadáver, permanecía inmóvil, sin una palabra, sin un ademán, en presencia de aquella alternativa.

—Si intento la evolución del niño—continuó el doctor, que discutía sus vacilaciones en voz alta—éste saldrá tal vez deshecho, y temo además causar demasiada fatiga á la madre, que sufre hace ya largo rato..... Mas, por otra parte, la operación cesárea aseguraría la vida al niño, si bien el estado de la pobre madre no es desesperado hasta el punto de

que yo me considere en derecho para sacrificarla de ese modo. Esta es cuestión de conciencia, y os suplico que decidáis vos mismo.

Pero los sollozos ahogaban á Lázaro, quien no pudo responder: tenía un pañuelo entre las manos, y le retorcía convulsivamente con el esfuerzo supremo que hacía para recobrar un poco de razón.....

Chanteau miraba estupefacto.

Paulina sólo pudo decir:

—¿Por qué habéis bajado, doctor? Hacéis mal en torturarnos así, sin saber ni poder obrar.....

En aquel momento la señora Bouland anunció que la situación se agravaba.

—¿Qué habéis decidido? ¡Tened en cuenta que la enferma se debilita mucho!

El doctor quedó pensativo algunos instantes, y en seguida, con uno de esos bruscos arranques que desconciertan, abrazó á Lázaro, y dijo tuteándole por vez primera:

—Escucha: voy á procurar salvar á los dos, y si sucumben, yo tendré más sentimiento que tú mismo, porque llegaré á creer que ha sido por culpa mía.

Y rápidamente, con la vivacidad de un hombre resuelto, discutió el empleo del cloroformo, del cual había llevado la cantidad suficiente, aunque ciertos

síntomas anunciaban una hemorragia, y ésta era contraindicación formal.

Preocupábanle íntimamente los síncope y la debilidad del pulso, y así resistía mejor á las súplicas de la familia, que pedía unánime el uso del clorofórmico, y estaba además apoyado por la actitud de la comadrona, que se encogía de hombros con ademán de repugnancia y desprecio.

—He asistido á doscientas mujeres por año—murmuraba la señora Bouland;—¿y ha tenido ninguna de ellas necesidad de eso para salir del paso? Sufren como todas las mujeres sufren, y nada más.

—Subid, hijos míos—dijo el doctor—que tendré necesidad de vosotros..... Y además, quiero que estéis cerca de mí en el instante decisivo.

Todos salían del comedor, cuando Chanteau, decidiéndose á hablar, llamó á su hijo:

—Ven á abrazarme..... ¡Ah, pobre Luisita! ¿Es posible tal accidente cuando menos se le esperaba? ¡Si al menos fuese ya de día! Ven á darme noticias en el momento en que se resuelva.....

Y de nuevo quedó solo en el comedor.

La luz de la lámpara se oscurecía, y él bajaba los párpados ante la claridad opaca, y sentíase acometido por el sueño: luchó algunos minutos, paseando

su mirada por la vajilla de la mesa y por las sillas en desorden, de las que pendían las servilletas; y como el ambiente era muy pesado y el silencio profundo, acabó por cerrar los ojos y plegar los labios con la influencia de una respiración normal en medio del trágico desorden de aquella comida interrumpida desde la tarde anterior.

Arriba el doctor Cazenove dispuso que se encendiera buen fuego en el cuarto vecino al de Luisa, ó sea en la antigua cámara de la señora Chanteau, porque se podía necesitar después del trance esperado, y Verónica, que había estado velando á la enferma durante la ausencia de la comadrona, fué al punto á encenderla.

Todos los preparativos estaban hechos: se colocaron las sábanas finas al calor de la chimenea, se llevó un gran lebrillo y una caldera de agua caliente, se dispuso además un frasco de alcohol y un trozo de manteca de puerco en plato.

El doctor creyó que era deber suyo prevenir á la parturienta.

—Mi querida niña—la dijo—no os alarméis porque sea necesaria mi intervención en este caso. Vuestra vida es muy amada por todos nosotros, y si el pobre pequeño está amenazado, no podemos perma-



necer inactivos más tiempo. Me permitiréis operar, ¿no es cierto?

Luisa no manifestó que lo había oído: crispada siempre por sus dolorosos esfuerzos, con la cabeza torcida hacia el lado izquierdo, sobre la almohada, la boca abierta, exhalaba un gemido continuo, incesante, que se parecía al estertor de un moribundo.

Cuando sus párpados se alzaban, miraba al techo con espanto, cual si se hubiese despertado en un lugar desconocido.

—¿Me permitís?—añadió el doctor.

Y entonces ella balbuceó:

—¡Matadme, matadme cuanto antes!

—Os suplico, doctor, que operéis pronto—murmuró Paulina.—Aquí estamos nosotros para asumir la responsabilidad de lo que ocurra.

Y el doctor añadió, no obstante, dirigiéndose á Lázaro:

—Respondo de ella, si no sobreviene una hemorragia; pero el niño me parece que se desgracia.... En casos como éste, de diez pieren nueve, porque siempre hay lesiones, fracturas y aun completo magullamiento....

—Operad, doctor, operad—replicó el padre con ademán de angustia.

El lecho de cordeles no fué considerado como resistente, y se transportó á la joven al catre de hierro, después de haber colocado un tablero entre los colchones; la cabeza de la enferma estaba dirigida hacia la pared, sobre un grupo de almohadas; se la separaron las piernas, colocando los pies en el respaldo de dos butacas pequeñas.

—Perfectamente—dijo el médico, después de tales preparativos.—Así procederemos bien y con toda la comodidad posible para la enferma.... Pero será prudente sujetarla, por si acaso opusiera alguna resistencia....

Luisa no existía; abandonábase como una cosa, no como un ser sensible, y su pudor de mujer, su repugnancia á dejarse ver en toda su desnudez, habían sido destruídos por el sufrimiento: sin fuerza para moverse, no tenía conciencia de sus carnes desnudas, ni de que en ellas la tocaban, y descubierta hasta la garganta, con las piernas estiradas, permanecía sin un escalofrío, mostrando su maternidad ensangrentada y sucia.

—La señora Bouland sujetará una de las piernas—continuó el doctor—y vos, Paulina, es menester que sujetéis la otra.... No tengáis miedo: sujetad firme para impedir todo movimiento.... Ahora, Lázaro, haced el favor de alumbrar....